

NOTAS NOTAS

su atmósfera atrapa y contamina. Su aliento y su verdad quedan como un testimonio de autenticidad para la joven poesía venezolana.

S. G.

□

EL TIEMPO EN "LA GALERA DE TIBERIO", DE ENRIQUE BERNARDO NUÑEZ.

Si se le preguntara a Xavier Silvela, narrador omnisciente de "La Galera de Tiberio", cuál es el tema de la obra, diría sencillamente que es "un relato extraño, un poco desordenado y escrito a ratos con bastante descuido y negligencia, mezcla de hechos fantásticos y de otros más reales o menos increíbles, como dos mundos distintos y contradictorios, o mejor dicho como si en el fondo de todo aquello el uno apareciese derivándose del otro".

El tema de esta novela cuasi-póstuma de Enrique Bernardo Núñez hay que rastrearlo en tres planos narrativos, perfectamente delimitados. El primero corresponde al pasado. Y gira en torno a la historia de un anillo que perteneció a Tiberio, el emperador romano. La historia la refiere en partes Darío Alfonso, un rumano descendiente de los judíos españoles expulsados en el Siglo XVI. En ella se cuentan las andanzas del mencionado anillo en manos de grandes figuras de la historia. El relato parece que fuera un alarde de erudición histórica, de historia menuda. Pero en el fondo, es un *motivo ciego* de la narración y al mismo tiempo un símbolo del poder y la sabiduría de los grandes capitanes de la humanidad. Ese símbolo está complemen-

tado con el de la galera, nave misteriosa, que va unida a las andanzas del anillo. Aparece cuando grandes acontecimientos presagian cambios en el mundo. Y su estructura de nave movida por dos órdenes de remos, a los cuales van muchos hombres encadenados, permite pensar la relación que existe entre los grandes capitanes y las masas que los siguen.

El segundo plano corresponde al futuro. Aquí el narrador es un profesor universitario alemán, Herr Camphausen, visionario de las civilizaciones pasadas, presentes y futuras, cuya sabiduría lo ha llevado al convencimiento de que los hombres y las civilizaciones siempre son las mismas y siguen evoluciones parecidas. Por eso no escribe la historia de los tiempos pasados sino la del futuro. La visión expresionista que Herr Camphausen tiene del mundo, colinda con los *sincronismos posibles por encima del tiempo*, que Alejo Carpentier señala en su ensayo "Sobre lo real maravilloso". Pero con la diferencia de que aquí la relación no es la del ayer con el presente, sino la del presente con el mañana.

En la historia de Herr Camphausen, Washington viene a ser lo que fue Roma en el pasado: alfa y omega de todas las comunicaciones del mundo. El presidente Picker ejerce omnímodos poderes con un parlamento parecido al Senado romano en época de Augusto o de Tiberio. Se construye una gran plataforma en el Atlántico, a donde se podía ir "con un contrabando de licores, un equipo de golf y una cabaretista"; lo cual hace recordar la vida de Tiberio en Capri con toda la serie de monstruosidades que la refiere Suetonio en su "Vida de los Césares". Al mismo presidente

NOTAS NOTAS

Picker se le ocurrió un día destinar a los comunistas para los pugilatos que se realizaban en el estadio de Nueva York, entre multitudes ateas que practicaban el robo y el asesinato, hecho que inmediatamente se asocia con escenas similares entre cristianos y paganos en el circo, durante la época del Imperio romano. De igual manera, la persecución de comunistas en época de Picker se asocia con la famosa persecución de los macarthistas en 1948. Se habla luego de la presidencia de Otranto, quien cultiva mejores relaciones y hace viajes de buena voluntad alrededor del mundo. Es un presidente que va al templo con las multitudes y obsequia frutas a los niños. Todas las gestiones de su mando y aun su misma muerte siendo joven, permiten asociarlo con el presidente Kennedy y su Alianza para el Progreso. Durante otra presidencia, la de Castries, vuelven las persecuciones contra los comunistas y éstos tienen que realizar sus asambleas en las minas abandonadas, como los antiguos cristianos en las catacumbas. En la antigua América española el idioma castellano se transforma en una especie de papiamento. Vienen épocas de destrucciones, incendios y terrorismo contra la cultura y la religión. Hasta que un día, "estando Castries contemplando desde una azotea el cometa de roja cabellera vio que alguien junto a él también contemplaba la noche en silencio. Castries le reconoció al punto. Quiso hablarle pero nunca pudo explicarse cuándo y cómo dejó de verlo". Después Castries se convierte en cristiano, en un "César cartujo que andaba descalzo y hacía penitencia en las estancias de su palacio". Remata Herr Camphausen su historia con la visión

apocalíptica de la civilización y una vuelta al orden primitivo.

El tercer plano, que es el del presente, ofrece mayores problemas de orden técnico y temático. El asunto se refiere a la vida de los exilados políticos en Panamá, principalmente los venezolanos. También a los políticos integrantes del cuerpo diplomático acreditado en el Istmo. Un crítico culto y sagaz como Juan E. Zaraza, sostiene (El Nacional, 15-11-67, pág. 4) lo siguiente: "pudo E.B.N. desentenderse de la historia política de la emigración, y si lo hubiera hecho atendiendo solamente al misterio del anillo y de la galera y a las construcciones ideales de sociedades atrapadas en el tiempo, la novela hubiera resultado sorprendente, única". Según Zaraza, la novela pierde gran parte de su valor al no haber el entrelazamiento mágico del tema de los exilados y los de los planos señalados anteriormente. Pero la presencia de ese tema, aparentemente anecdótico, se justifica en razón de la teoría de los *contextos literarios* que señala Sartre y recoge Carpentier en su ensayo titulado "Problemática de la actual novela latinoamericana". Y si no hay, aparentemente, el hilo, el nailon mágico que relacione la historia de los exilados con los maravillosos episodios del anillo, la galera y la historia de Camphausen, esto no es óbice para que se resienta la unidad onírica de la obra. En "Las palmeras salvajes" de Faulkner, el novelista norteamericano se pone en complicidad con el lector para que éste establezca la relación mágica entre la historia de Wilbourne y Carlota y la del penado y la mujer recién parida en la inundación. E.B.N. deja que el lector saque sus propias

NOTAS NOTAS

conclusiones con relación a los episodios medio típicos de los exilados políticos latinoamericanos, los cuales poco han cambiado desde la época en que se escribió "La galera de Tiberio" (1932), hasta la más reciente novela sobre el mismo tema, "Los exilados", del novelista paraguayo Gabriel Casaccia. Además, hay que convenir en que Enrique Bernardo Núñez no cae en el uso, tan de moda en la época, del "método naturalista-nativista-típicista-vernacular" que según Carpentier hizo de la novela de esa época un museo de regionalismos y pintoresquismos. Frente a la inconsistencia intelectual del doctor Wendano y lo palurdo de Argotte están la inteligencia y la sensibilidad creadora de Revilla, que viene a ser el eslabón mágico entre los tres planos de la obra. Sobre todo en el diálogo que sostiene con Silvela por los populosos barrios de Calidonia. Cuando Revilla se refiere a las rutas asiáticas que proyectan sus alucinaciones entre Asia y Occidente y habla de la humanidad que habrá de nacer de esa mezcla, interviene Silvela:

— "A propósito. Toda esa humanidad me parece bajo un signo de muerte, es decir, en trance de renovarse". Y le refiere también el relato de Herr Camphausen. El navío fantasma que ha cruzado el Canal de Panamá y la venta y el robo del anillo maravilloso.

Entonces Revilla le responde:

— "Esta inquietud por el futuro es parecida a la que experimentamos frente a las ruinas: en el fondo es una inquietud por nosotros mismos. Nos damos cuenta entonces de que nuestra vida es demasiado efímera"... *El Tiempo*. He aquí el tema que cam-

pea a todo lo largo de "La galera de Tiberio". El tiempo anuda y desenlaza toda la estructura de la obra. Y posiblemente fue el tema que obsesionó a Enrique Bernardo Núñez durante toda su existencia. Esta búsqueda y dispersión del tiempo la encontramos en "Cubagua", en "La ciudad de los techos rojos" y en su columna periodística "Signos en el Tiempo". Cuando se produce la reiteración del tema en su obra narrativa no puede quedar la menor duda de que E.B.N. buscaba, y la encontró, una nueva técnica de expresión para la novela venezolana. Esto lo ve claro Augusto Germán Orihuela en el prólogo de la segunda edición de la obra. Y el crítico Juan E. Zaraza lo tiene en el centro de la mira, según se desprende de un segundo artículo sobre "La galera de Tiberio", publicado en *El Nacional* posteriormente. Lo que pasa es que disparar un cañonazo afirmando que Enrique Bernardo Núñez fue el primero que inició una nueva técnica y un lenguaje nuevo en la narrativa venezolana, casi coetáneamente con Jorge Luis Borges, en la Argentina, significa derribar algunas estatuas de ilustres novelistas jóvenes que ya están erigidas y veneradas en sus placitas de palabras.

MANUEL BERMUDEZ

